

GRANO EN EGIPTO

Volumen 1 – Sermón No. 234

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 16 DE ENERO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Viendo Jacob que en Egipto había alimentos, dijo a sus hijos:
¿Por qué os estáis mirando? Y dijo: He aquí, yo he oído que hay víveres en
Egipto; descendad allá, y comprad de allí para nosotros,
para que podamos vivir, y no muramos”.***
Génesis 42:1-2

Dios en Su sabiduría ha hecho el mundo exterior de tal manera que es una imagen extraña y maravillosa del mundo interior. La naturaleza tiene una analogía con la gracia. Las maravillas que Dios hace en el corazón del hombre, cada una de ellas encuentra un paralelo, un cuadro, una metáfora, una ilustración, en las maravillas que Dios hace en la providencia. Es deber del ministro buscar siempre estas analogías. Nuestro Salvador así lo hizo. Él es el predicador modelo. Su predicación se componía de parábolas, imágenes del mundo exterior, acomodadas para enseñar grandes y poderosas verdades.

Y así está constituida la mente del hombre, que siempre podemos ver una cosa mejor a través de una imagen que de cualquier otra forma. Si le dices a un hombre una verdad simple, él no la ve tan bien como si se la dijeras en una ilustración. Si intentara describir la huida de un alma del pecado a Cristo, no la verían ni la mitad de fácilmente que, si imaginara al peregrino de John Bunyan saliendo corriendo de la ciudad de la destrucción, con los dedos en los oídos y apresurándose con todas sus fuerzas al portillo.

Hay algo tangible en una imagen, algo que nuestra pobre carne y sangre puede captar, y por lo tanto la mente, agarrando a través de la carne y la sangre, es capaz de comprender la idea y apropiarse de ella. De ahí la necesidad y la utilidad de que el ministro se esfuerce siempre por ilustrar su sermón y hacer que su discurso se asemeje tanto como sea posible a las parábolas de Jesucristo.

Ahora bien, hay muy pocas mentes que puedan hacer parábolas. El hecho es que no conozco sino una buena alegoría en el idioma inglés, y es, el "Progreso del Peregrino". Las parábolas, las imágenes y las analogías no son tan fáciles como algunos piensan, la mayoría de los hombres pueden entenderlas, pero pocos pueden crearlas. Felices por nosotros que

somos ministros de Cristo, no tenemos gran problema en este asunto, no tenemos que hacer parábolas, están hechas para nosotros.

Creo que la historia del Antiguo Testamento tiene como uno de sus designios el proporcionar ilustraciones al ministro cristiano, de modo que una verdad que encuentro en el Nuevo Testamento en su forma desnuda me enseñó como una doctrina, la encuentro en el Antiguo Testamento expresada en una parábola, y así usaríamos este excelente libro antiguo, el Antiguo Testamento, como una ilustración del Nuevo, y como un medio para explicar a nuestras mentes la verdad que se nos enseña en una forma más doctrinal en el Nuevo Testamento.

Entonces, ¿qué vemos en estos dos versículos del capítulo 42 de Génesis? Tenemos aquí una imagen del estado perdido del hombre, él está en una dolorosa hambruna que devora el alma. Descubrimos aquí la esperanza del hombre, su esperanza está en ese José a quien no conoce, que lo ha precedido y provisto de todo lo necesario, para que sus necesidades sean suplidas. Y tenemos aquí un consejo práctico, que fue preeminentemente sabio de parte de Jacob para con sus hijos en su caso, y que, siendo interpretado, es también el consejo más sabio para ti y para mí.

Viendo que hay misericordia para los pecadores y que Jesús, nuestro hermano, ha ido delante de nosotros para proporcionarnos una redención suficiente, "¿por qué nos sentamos aquí y nos miramos los unos a los otros?" Hay misericordia en el seno de Dios, hay Salvación en Cristo, "Desciende allá, y compra para nosotros de allí; para que vivamos y no muramos".

Tres cosas entonces, esta mañana, primero, una situación lamentable, en segundo lugar, buenas noticias, y, en tercer lugar, un excelente consejo.

1. Primero, **UNA SITUACIÓN LAMENTABLE.**

Estos hijos de Jacob fueron alcanzados por una hambruna. Podemos hablar de hambrunas, amigos, pero ninguno de nosotros sabe lo que son. Hemos oído hablar de una hambruna en Irlanda, y nos han contado algunas historias espantosas que nos han desgarrado el corazón y casi nos han puesto los pelos de punta, pero ni siquiera allí se conocía la furia total de la hambruna.

Hemos oído también, con gran pesar nuestro, que todavía quedan en esta ciudad lugares oscuros y espantosos, donde hombres y mujeres están absolutamente pereciendo de hambre, que han vendido de sus espaldas los últimos harapos que los cubrían, y ahora son incapaces de salir de la casa, y definitivamente perecer de hambre. Tales casos los hemos visto en nuestros diarios, y nuestros corazones han estado enfermos al pensar que tales cosas deberían ocurrir ahora.

Pero ninguno de nosotros puede adivinar cuál es el terror de una hambruna universal, cuando todos los hombres son pobres, porque todos los hombres carecen de pan, cuando el oro y la plata son tan inútiles como las piedras de la calle, porque las montañas de plata y oro apenas valdrían lo suficiente para comprar una sola gavilla de trigo. Lea la historia de la hambruna de Samaria y vea los terribles cambios a los que fueron conducidas las mujeres, cuando incluso se comieron a su propia descendencia. Las hambrunas son infiernos en la tierra.

El hambre que se había apoderado de Jacob era una que, si no hubiera llegado exactamente a ese punto terrible en el momento del que habla este pasaje, seguramente llegaría a él, porque el hambre duraría siete años, y si, debido al carácter derrochador de las naciones orientales, no habían ahorrado en los siete años de abundancia lo suficiente ni siquiera para un año, ¿qué sería de ellos durante el sexto o séptimo año de hambre? Este era el estado de la familia de Jacob. Fueron arrojados a un desierto, un desierto aullador de hambre, con un solo oasis, y no oyeron hablar de ese oasis hasta justo en el momento al que se refiere nuestro texto, cuando supieron con alegría que había trigo en Egipto. Permítanme ahora ilustrar la condición del pecador por la posición de estos hijos de Jacob.

Primero, los hijos de Jacob tenían una gran necesidad de pan. Había una familia de sesenta y seis de ellos. Cuando leemos estos nombres de los hijos de Jacob, somos propensos a pensar que todos eran muchachos. ¿Sabes que Benjamín, el más joven de ellos, era padre de diez hijos, cuando entró en Egipto, de modo que no era un muchacho tan pequeño en todo caso, todos los demás tenían familias numerosas, de modo que había eran sesenta y seis para ser provistos? Bueno, una hambruna es bastante espantosa cuando hay un hombre que se está muriendo de hambre, cuando hay uno reducido a un esqueleto por la delgadez y el hambre, pero cuando sesenta y seis bocas están ansiosas por el pan, esa es realmente una situación horrible en la que estar.

¡Pero qué es esto comparado con las necesidades del pecador! Sus necesidades son tales que sólo el Infinito puede suplirlas, tiene una demanda ante la cual las demandas de sesenta y seis bocas son como nada. Tiene ante sí la terrible anticipación de un infierno del que no hay escapatoria, tiene sobre él la mano dura de Dios, que lo ha condenado a causa de sus pecados.

¿Qué necesita él? Pues, todo el maná que descendió del cielo en el desierto no supliría las necesidades del pecador, y toda el agua que brotó de la roca en el desierto no sería suficiente para saciar su sed. Tal es la necesidad del pecador, que todos los puñados de los siete años de Egipto se perderían sobre él. Necesita gran misericordia, la mayor de las misericordias, es más, necesita una infinidad de misericordia, y a menos que esto le sea dado desde lo alto, está peor que muerto de hambre, porque muere la segunda muerte, y vive en la muerte eterna, sin la esperanza de aniquilación o escape.

Las demandas de un hombre hambriento son grandes, pero las demandas de un alma hambrienta son aún mayores, hasta que esa alma obtenga el amor y la misericordia de Dios manifestados en ella, siempre tendrá hambre y siempre sed, aunque el mundo le haya dado por bocados, su estómago hambriento aún estaría insatisfecho, porque nada sino la Trinidad puede llenar el corazón del hombre, nada sino la seguridad del amor eterno e inmutable de Dios, y la aplicación de la preciosísima sangre de Jesús, pueden jamás detener la terrible hambre del alma del pecador.

Fíjate de nuevo, lo que esta gente quería era una cosa esencial. No les faltaba ropa, que era una necesidad, pero nada como la falta de pan, porque un hombre podría existir con una escasa cobertura. No necesitaban lujos, estos podrían quererlos, y nuestra piedad no se exaltaría tanto, no necesitaban tiendas de campaña, sin estos podrían satisfacer los anhelos de la naturaleza, pero les faltaba pan, aquello sin lo cual el fuego de la vida se reduciría a una chispa, que al final debe extinguirse en la oscuridad de la muerte.

"¡Pan!, ¡Pan!" qué grito es ese, cuando los hombres se juntan, y en los días de escasez hacen que su grito de guerra. "¡Pan! ¡Pan!" ¿Qué sonido es más espantoso que ese? "¡Fuego! ¡Fuego!" puede ser más alarmante, pero "¡Pan!, ¡Pan!" es más penetrante para el corazón. El grito de "¡Fuego!" rueda como un trueno, pero el grito de "¡Pan!" resplandece como un relámpago y marchita el alma. ¡Oh, que los hombres clamen por pan, lo absolutamente necesario para el sustento del cuerpo!

Pero, ¿cuál es la necesidad del pecador? ¿No es exactamente esto? Él quiere aquello sin lo cual el alma debe perecer. ¡Vaya! pecador, si fuera salud, si fuera riqueza, si fuera comodidad, lo que estabas buscando, entonces podrías sentarte contento y decir: "Puedo prescindir de esto", pero en este asunto es tu alma, tu alma que nunca muere la que tiene hambre, y es su salvación, su rescate de las llamas del infierno, lo que ahora reclama vuestra atención.

¡Vaya! ¡Qué necesidad es esa, la necesidad de la salvación del alma! ¿Hablamos de pan y de cuerpos esqueléticos? Estas son cosas espantosas de contemplar, pero cuando hablamos de falta de pan y de almas que mueren y perecen, hay algo más espantoso aquí. Mira entonces tu caso, tú que estás sin la gracia de Dios, tienes gran necesidad, necesidad de las cosas esenciales.

Una vez más, la necesidad de los hijos de Jacob era total. No tenían pan, no había nada que comprar. Mientras tuvieran algo propio, podían escatimarse y disminuir sus raciones, y así, con moderación, mantenerse. Pero miraron hacia el futuro y vieron a sus hijos morir de hambre y sin una sola corteza con la que paliar sus dolores. Vieron a sus mujeres enfermar delante de ellos, y a sus niños en el pecho, sin poder obtener alimento de aquellas fuentes secas. Se vieron por fin, hombres solitarios, miserables, con las manos en los lomos, amasijos

de huesos, arrastrándose por las tiendas donde yacían muertos sus hijos, y sin fuerzas suficientes para enterrarlos. Tenían una falta total de pan. Podrían haber soportado la escasez, pero la falta total de pan era horrible en extremo.

Tal es el caso del pecador. No es que tenga poca gracia y le falte más, sino que no tiene ninguna, por sí mismo no tiene gracia. No es que tenga un poco de bondad y necesite ser mejorado, sino que no tiene ninguna bondad en absoluto, ni méritos, ni justicia, nada que traer a Dios, nada que ofrecer para su aceptación, está sin dinero, azotado por la pobreza. Todo se ha ido de lo que su alma podría alimentarse. Puede roer los huesos secos de sus propias buenas obras, pero si el Señor ha enviado convicción a su corazón, los roerá en vano, puede tratar de romper los huesos de las ceremonias, pero encontrará que en lugar de médula contienen hiel y amargura. Puede tener hambre y sed, porque no tiene nada con lo que pueda calmar su estómago. Tal es tu caso, entonces. Cuán extrema es una necesidad como esta, una falta total de una cosa esencial, por lo cual tienes una inmensa necesidad.

Pero aún peor, con la excepción de Egipto, los hijos de Jacob estaban convencidos de que no había comida en ninguna parte. Creo que la razón por la que se miraron unos a otros fue esta. Al principio, uno miró al otro tanto como para decir: "¿No tienes algo de sobra? ¿No podrías darme algo para mi familia? Tal vez Dan apeló a Simeón: "¿No tienes un poco? mi hijo se está muriendo de hambre este día, ¿puedes ayudarme?" Otro podría mirar a Judá, y tal vez podría pensar que Benjamín, el favorito, seguramente tendría algún bocado guardado. Así que se miraron el uno al otro.

Pero pronto, ¡ay! la mirada de esperanza se transformó en una mirada de desesperación. Estaban bastante seguros de que las necesidades de cada casa habían sido tan grandes, que ninguno podía ayudar al otro. Todos habían llegado a la pobreza, y ¿cómo pueden los mendigos ayudarse unos a otros, cuando todos están sin un centavo? Y luego comenzaron a mirarse el uno al otro con desesperación. En mudo silencio se resignaron al dolor que amenazaba con abrumarlos.

Tal es la condición del pecador, cuando primero comienza a sentir hambre y sed de justicia, mira a los demás, piensa: "Seguramente el ministro puede ayudarme, el sacerdote puede ayudarme". "Danos de tu aceite, porque nuestras lámparas se han apagado", pero después de un tiempo descubre que el estado de todos los hombres es el mismo, que todos están sin la gracia, que "nadie puede salvar a su hermano, ni dar a Dios en rescate por él".

Y separados de Cristo nosotros, mis queridos amigos, esta mañana podríamos mirarnos los unos a los otros, horrorizados y desesperados, podríamos probar en todo el mundo y decir: "¿Dónde se encuentra la salvación?" ¡Vaya! si yacía en el mismo centro de la tierra, podríamos cavar a través de las rocas y en las mismas entrañas de la tierra para encontrarla. Si estuviera

en el cielo, buscaríamos escalar en alguna torre de Babel, para poder alcanzar la bendición. Si tuviéramos que caminar a través del fuego para obtenerlo, con gusto aceptaríamos la peregrinación ardiente. O si tuviéramos que caminar por las profundidades del mar, deberíamos contentarnos con dejar que todas sus olas nos arrollaran, si pudiéramos encontrarla. Pero si cada hombre tuviera que decir a su prójimo: "No hay esperanza para nosotros, todos hemos sido condenados, todos hemos sido culpables, nada podemos hacer para apaciguar al Altísimo", ¡qué mundo tan miserable sería el nuestro, si estábamos igualmente convencidos de pecado, e igualmente convencidos de que no había esperanza de misericordia!

Esta entonces, era la condición de los hijos de Jacob temporalmente, y es nuestra condición espiritual por naturaleza. Estamos en una tierra de hambre, no tenemos nada propio, estamos hambrientos, nos estamos muriendo de hambre, y nuestro caso parece totalmente desesperado, porque en la tierra no hay nada que pueda satisfacer el hambre delirante del alma.

2. Ahora llegamos, en segundo lugar, a las **BUENAS NUEVAS**.

Jacob tuvo fe, y los oídos de la fe siempre están tranquilos, la fe puede oír el paso de la misericordia, aunque el paso sea tan ligero como el del ángel entre las flores. Aunque la misericordia esté a mil leguas de distancia, y su viaje deba durar diez mil años, sin embargo, la fe podría oír sus pasos, porque es rápida de oído y de vista.

Es más, si Dios diera una promesa que nunca se cumpliría hasta que los viejos cielos rodantes se disolvieran, la fe miraría a través de todas las generaciones, a lo largo de la perspectiva de los siglos, y vería el espíritu de la promesa a lo lejos, y se regocijaría en ello. Jacob tenía los oídos de la fe. Él había estado en oración, no lo dudo, pidiéndole a Dios que librara a su familia en el tiempo de la hambruna, y poco a poco se entera, primero en su casa, que hay grano en Egipto.

¿Ves la reunión? El venerable patriarca se sienta en la tienda, sus hijos vienen a rendirle homenaje matutino, hay desesperación en sus rostros, traen consigo a sus pequeños niños. Todo lo que tiene el patriarca lo da, pero esta mañana añade una buena noticia a su bendición, les dice: "Hay grano en Egipto". ¿Puedes concebir cómo sus corazones saltaron? Apenas necesita agregar: "Desciende allá, y cómpranos de allí; para que vivamos y no muramos". Jacob escuchó la buena nueva y la comunicó lo más pronto posible a su descendencia.

Ahora, también hemos escuchado las buenas noticias. Se nos ha enviado una buena noticia en el Evangelio del Señor Jesucristo. "Hay grano en Egipto". No necesitamos morir, hay salvación con Dios. No necesitamos perecer, hay misericordia en el Altísimo. No debemos pensar que necesariamente debemos estar perdidos, hay un camino de salvación, hay una

esperanza de escape, ¿no recibimos las nuevas con alegría? ¿No se regocija nuestro corazón dentro de nosotros al pensar que no estamos irremediablemente condenados, sino que el Señor aún puede tener misericordia de nosotros? Ahora, tenemos mejores noticias que incluso las que tuvo Jacob, aunque las noticias son similares, entendiéndolas en un sentido espiritual.

Primero, se nos dice hoy por testigos ciertos y seguros, que hay grano en Egipto, hay misericordia en Dios. El mensajero de Jacob podría haberlo engañado; cuentos vanos se cuentan en todas partes, y en días de hambre los hombres son muy propensos a decir una mentira, pensando que es verdad lo que ellos quisieran que lo fuera. El hombre hambriento tiende a esperar que pueda haber grano en alguna parte, y luego piensa que lo hay, y luego dice que lo hay, y luego, lo que comienza con un deseo se convierte en un rumor y un informe.

Pero este día, amigos míos, no es una charla ociosa, ni un sueño, ni un rumor de un engañador. ¡Hay misericordia con Dios, hay salvación con Él, para que Él sea temido! La fuente está llena hasta el borde, los graneros están llenos del buen grano viejo del reino. No hay razón por la que debamos perecer. Por testigo seguro, infalible y certero, se nos dice sobre el mismo juramento de Dios mismo que hay salvación para los hijos de los hombres. Pero Jacob no sabía cuánto grano había en Egipto, dijo que había grano, pero no sabía cuánto.

Ahora, hoy, somos algo así como Jacob. Hay misericordia con Dios, no sabemos, ninguno de nosotros, cuánto. "Oh", dice un pecador, "soy un alma tan hambrienta, que todos los graneros de Egipto no me alcanzarían". Ah, pero pobre alma, Dios es todo lo que podrías querer, aunque deberías querer un suministro infinito. Los sesenta y seis en la familia de Jacob harían una fuerte extracción de los graneros de cualquier nación, pero, sin embargo, tan abundantes eran los depósitos en cada ciudad, que no leemos que José perdió todo lo que les dio.

Así es contigo. Tus necesidades son inmensas, pero nada igual a la oferta. Tu alma requiere una gran misericordia, pero no agotarás la misericordia de Dios más de lo que el tomar una copa llena de agua del mar agotaría su plenitud. Muy por encima de las cumbres de tus montañas de pecados, brillan las estrellas de la gracia.

Hay otra cosa en la que tenemos el comienzo de Jacob. Jacob sabía que había grano en Egipto, pero no sabía quién lo guardaba. Si lo hubiera sabido, habría dicho: "Hijos míos, bajad enseguida a Egipto, no temáis en absoluto, vuestro hermano es señor de Egipto, y todo el grano le pertenece". Es más, puedo imaginar fácilmente que él mismo habría ido de inmediato. Y Simeón y los demás, aunque podrían sentirse un poco avergonzados, cuando pensaron en la crueldad que habían mostrado a su hermano, cuando comenzaron a sentir un poco de hambre, si hubieran sabido todo acerca de José, habrían dicho: "No debemos temer ir y someternos a él, porque sabemos que tiene un corazón lleno de gracia y amor, y nunca dejaría que sus pobres hermanos murieran de hambre".

Pecador, las misericordias de Dios no están bajo llave excepto aquellas sobre las cuales Cristo tiene el poder. Los graneros de la misericordia del cielo no tienen mayordomo que los guarde sino Cristo. Él es exaltado en lo alto para dar el arrepentimiento y la remisión de los pecados. Y las llaves de la gracia están balanceándose en el cinto de tu propio hermano, el que murió por ti, el que te amó tanto, que te amó más que a sí mismo. Él tiene las llaves de la gracia, ¿y temerás ir? ¿temblarás de ir a estas ricas reservas de misericordia cuando están en las manos de un Señor amoroso, tierno y siempre misericordioso? No, esta es una buena noticia, que toda la gracia está en las manos de Jesús.

Hay todavía otra cosa de la que los hijos de Jacob no sabían nada. Cuando fueron a Egipto, lo hicieron al azar. Si sabían que había grano, no estaban seguros de conseguirlo, pero cuando tú y yo vamos a Cristo, somos huéspedes invitados. Supongamos ahora que usted debe tener en su corazón invitar a algunas de las personas más harapientas de Londres a su casa, le da a cada uno de ellos una invitación, y llegan a la puerta, tal vez estén medio avergonzados de entrar, y quieren para escabullirse por la parte de atrás, pero si te encuentran, no se avergüenzan en absoluto, dicen: "Señor, no tuve miedo de venir, porque me enviaste una invitación. Si no hubiera sido por eso, aunque podría haber conocido tu generosidad, aunque podría haber sabido que podías ayudarme, no me hubiera atrevido a venir si no me hubieras enviado una invitación".

Ahora bien, José no envió ninguna invitación a sus hermanos, pero Jesús te ha enviado una invitación a ti. A cada uno de ustedes, pecadores que perecen, Él les ha dicho: "El que quiera, venga y tome del agua de la vida gratuitamente". Él mismo ha dicho: "Al que a mí viene, no le echo fuera". Él ha enviado a Sus mensajeros y les ha ordenado clamar: "¡Eh, todos los que tenéis sed, venid a las aguas, y los que no tenéis dinero; venid, comprad y comed, sí, venid, comprad vino y leche sin dinero y sin precio!"

Ahora, pecador, nunca debes tener miedo de ir a donde te inviten. Cristo Jesús invita, invita a los hambrientos, invita a los cansados. Así sois vosotros, hambrientos y cansados. Él invita a los que están cargados, como eres tú. Ven y bienvenido entonces. No necesitas ir al azar, tienes la invitación y la promesa. ¿Por qué se miran entonces el uno al otro? Levántate y ven a Cristo, levántate y ven a Su cruz. ¡Que Él ahora pruebe en ti Su poder para salvar!

Pero una observación más y habré terminado con este segundo punto. Los hijos de Jacob estaban en un aspecto mejor que tú aparentemente, porque tenían dinero para comprar. Jacob no era pobre hombre con respecto a la riqueza, aunque ahora se había vuelto extremadamente pobre por falta de pan. Sus hijos tenían dinero para llevar con ellos, pensaron que las relucientes barras de oro seguramente atraerían la atención del gobernante de Egipto.

No tienes dinero, nada que traer a Cristo, nada que ofrecerle. Le ofreciste algo una vez, pero Él rechazó todo lo que le ofreciste por ser moneda espuria, imitaciones, falsificaciones y no servía para nada. Y ahora completamente despojado, sin esperanza, sin un centavo, dices que tienes miedo de ir a Cristo porque no tienes nada propio. Déjame asegurarte que nunca estás en una condición tan adecuada para ir a Cristo como cuando no tienes a dónde ir y no tienes nada propio.

Pero tú respondes: "Me gustaría por lo menos sentir más mi necesidad". Eso sería algo propio: debes ir a Cristo sin nada. "Pero desearía poder creer más", eso sería algo propio. Quiere obtener su propia fe para llevarla a Cristo. No, debes ir a Cristo tal como eres. "Pero señor, debo reformarme antes de poder creer que Cristo tendrá misericordia de mí". Tu reforma imaginada te inhabilitaría para la gracia, en lugar de prepararte para ella. La reforma antes de la gracia es frecuentemente un paso hacia atrás en lugar de hacia adelante. Esa reforma puede confirmarte en la justicia propia, pero no puede llevarte a Cristo. Ve como eres.

En un hospital, la mejor recomendación es la enfermedad. El que está un poco enfermo necesita ayuda para llegar allí, pero si me atropellan en la calle y estoy a punto de morir, no necesito nada para recomendarme al hospital: abren la puerta y me llevan directamente. Así que una convicción de tu estado perdido y arruinado es la única recomendación que necesitas para ir a Cristo.

Ahora mismo mucha gente quiere dar su caridad, y no saben cómo llegar a la clase más baja de los pobres, quieren echar mano de aquellos cuyas camas son de paja, quieren conocer a los pobres albergues de los más pobres, que son peores que los lugares donde habitan las bestias. Estos son los hombres que quieren encontrar, y a mayor pobreza mayor recomendación. Así que en tu caso. Tus aflicciones suplican a Dios. Vuestras carencias, vuestras miserias, vuestros desamparos, vuestros malos desiertos, estos son los oradores que mueven hacia vosotros el corazón de Dios, pero nada más. Ven tal como eres, sin nada en la mano, a Jesucristo, que es el Señor de la tierra de la misericordia, y no te enviará con las manos vacías.

3. Por lo tanto, he notado las buenas noticias, así como la penosa situación. Llego ahora a la tercera parte, que es un **BUEN CONSEJO**.

Jacob pregunta: "¿Por qué os miráis unos a otros?". Y él dijo: He aquí, he oído que hay grano en Egipto; bajad allá, y comprad para nosotros de allí; para que vivamos y no muramos". Este es un consejo muy práctico. Me gustaría que la gente actuara de la misma manera con la religión que con los asuntos temporales. Los hijos de Jacob no dijeron: "Bueno, eso es una muy buena noticia, lo creo", y luego se quedaron quietos y murieron. No, fueron directamente al lugar del cual las buenas noticias les dijeron que se podía obtener grano. Así debe ser en materia de religión. No debemos contentarnos simplemente con escuchar las noticias, pero

nunca debemos estar satisfechos hasta que por la gracia divina nos hayamos beneficiado de ellas y hayamos encontrado misericordia en Cristo.

De hecho, algunos ministros les dicen a los pobres pecadores despiertos que estén inactivos, les dicen algo como esto: "Deben esperar, deben esperar hasta que Cristo venga a ustedes". Incluso disuadirán a la mujer que tenía flujo de sangre, de abrirse paso entre la multitud para agarrar el borde del manto del Redentor. Le pedirían al hombre que está llorando en voz alta al borde del camino que se mordiera la lengua, que se sentara quieto y en silencio hasta que Cristo se volviera y lo mirara. No soportan que Cristo Jesús invite a los hombres a su fiesta, mucho menos que los siervos del Señor se esfuercen por obligarlos a entrar, excusan al pecador y hasta se atreven a enseñar que el rechazo de Cristo por parte del pecador no es pecado en absoluto.

Ahora, como a la vista de Dios, temo que tales hombres sean culpables de la sangre de las almas. Yo no estaría en la posición de un hombre que habla así por todas las estrellas dos veces contadas en oro. No puedo entender eso, no puedo entender que cuando mi Maestro dijo: "Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual os dará el Hijo del hombre", que debo decirle a un pecador que se quede quieto. Cuando el ángel dijo: "Escapa por tu vida; no mires detrás de ti; no te quedes en toda la llanura; sino huye a la montaña, para que no seas consumido", ¿tendré que ir a Sodoma y decirle a Lot: "Detente aquí hasta que el Señor te saque?"

Bueno, sabemos con certeza que la salvación es la obra del Señor, y solo la obra del Señor, pero igualmente sabemos con certeza que cuando el Señor obra, Él nos pone a trabajar. Cuando obra en nuestra alma, el Señor no cree, no tiene nada que creer, nos hace creer. Cuando el Señor obra el arrepentimiento, no se arrepiente, ¿de qué tiene que arrepentirse? Él nos hace arrepentirnos. El Señor sacó a Lot de Sodoma, pero ¿no usó Lot sus propias piernas para correr hacia la montaña? Y así debe ser con nosotros. Cristo lo hace todo, pero nos convierte en instrumentos. Él nos dice que extendamos nuestra propia mano seca y, sin embargo, no extendemos esa mano seca de nosotros mismos. Él nos dice que lo hagamos, y lo hacemos a través de Su fuerza.

¡Dile a un pecador que se quede quieto! ¿Qué desea el infierno más que eso? Dile a un pecador que espere, ¿no aprobaría Satanás tal ministerio? ¿Y él no lo aprueba? Ah, hermanos míos, el que ama a su Maestro, el que ama el Evangelio, el que ama las almas de los hombres, no puede predicar una doctrina tan falsa y anticristiana. Siente que la humanidad dentro de él, mucho más la gracia dentro de él, se rebela contra una cosa tan bárbara y tan inhumana como eso. No, cuando predicamos al pecador, debemos decirle: "Tú conoces tu necesidad, sientes que no puedes ser salvo sino por la misericordia en Cristo. Mírenlo, crean en Él, búsquenlo y lo encontrarán".

Pero he oído decir que, si un pecador busca a Cristo sin que Cristo lo busque, perecerá. Ahora, qué cosa tan absurda para que alguien diga. Porque, ¿podría un pecador alguna vez buscar a Cristo sin que Cristo lo buscara a él? Nunca me gusta suponer una imposibilidad y luego sacar una inferencia de ella. "Supongamos", dijo uno que conozco, "un pecador que viniera a Cristo sin que Cristo viniera a él, estaría perdido". Bueno, eso está muy claro, sólo que es suponer una cosa que no puede pasar, ¿y de qué sirve eso?

A veces la gente me ha hecho esta pregunta: "Supongamos que un hijo de Dios vive en pecado y muere en pecado, ¿sería salvo?" La cosa es imposible. Si te supones en una dificultad, debes suponerte fuera de ella. Es como la vieja suposición, "Supongamos que la luna fuera queso crema, ¿qué sería de nosotros en una noche oscura?" Entonces, supongamos que un pecador venga a Cristo sin que Cristo venga a él, ¿cuál podría ser el resultado? Es suponer una imposibilidad y luego sacar de ella un absurdo. Cristo dijo: "Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere". Si viene un pecador, es atraído, o no habría venido. Es mío, por lo tanto, exhortar al pecador a venir a Cristo, es la obra del Espíritu Santo hacer cumplir la exhortación y atraer al pecador a Cristo.

Por último, permítanme hacer esta pregunta: "¿Por qué os miráis los unos a los otros?" ¿Por qué te quedas quieto? Ve a Cristo, y encuentra misericordia. "Oh", dice uno, "no puedo obtener lo que espero tener". Pero, ¿qué esperas? Creo que algunos de nuestros oyentes esperan sentir una descarga eléctrica, o algo por el estilo, antes de ser salvos. El Evangelio dice simplemente: "Cree", aunque no van a entender. Creen que debe haber algo tan misterioso al respecto. No pueden distinguir lo que es, pero van a esperarlo y luego creerán.

Bueno, esperarás hasta el día del juicio final, porque si no crees en este sencillito Evangelio: "Cree en el Señor Jesucristo", Dios no obrará señales ni prodigios para complacer tus necios deseos. Tu posición es esta: eres un pecador, estás perdido, arruinado, no puedes evitarlo. Las Escrituras dicen: "Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores". Su asunto inmediato, su deber instantáneo es aferrarse a esa simple promesa, y creer en el Señor Jesucristo, que, así como Él vino al mundo para salvar a los pecadores, Él ha venido para salvarlos a ustedes.

Lo que tienes que hacer es ese simple mandato: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo".

Ahora toma a los hijos de Jacob como tu ejemplo. Tan pronto como su padre les dijo lo que tenían que hacer, lo primero que hicieron fue ir a buscar sus costales vacíos. Ahora haz lo mismo. "¿Cuál es el bien de ellos?" decís: "No hay grano en ellos". No, sé que no lo hay, aun así, debes tomar tus sacos vacíos y llenarlos. Saca a relucir tus pecados, saca a relucir todo el agravante de tus pecados, ponlos todos a los pies de Cristo, y haz tu confesión. No hay salvación en la confesión, pero aun así no puedes tener salvación sin ella. Debes hacer una confesión completa y libre de tus pecados.

"¿Qué, a usted, señor?" Estoy muy agradecido con usted. No quiero escuchar tus pecados bajo ningún concepto. Ninguna suma de dinero sería suficiente compensación por la impureza que debe acumular cualquier hombre que escuche los pecados de otro. No te diría las mías y mucho menos escucharía las tuyas. No, haz tus confesiones a Dios. Ve a tu cuarto, cierra la puerta, luego saca tus sacos vacíos, es decir, haz una confesión completa de tus pecados, dile al Señor que eres un miserable sin Su gracia soberana. Cuando hayas hecho eso, dices, ¿qué sigue? Entonces desecha toda esperanza que hayas tenido o tengas, desecha toda confianza en tus buenas obras y todo lo demás, ¿y qué sigue? apóyate simplemente en esta gran verdad, que Jesucristo vino a salvar a los pecadores, y te levantarás de tus rodillas como un hombre más feliz. O si ese no es el caso, inténtalo una y otra vez, y no te fallará. La oración y la fe nunca se perdieron. El que confesó sus pecados y buscó al Salvador, nunca buscó en vano.

Cuando me convencí de mi pecado por primera vez, siendo todavía un muchacho, fui a Dios y clamé por misericordia con todas mis fuerzas, pero no la encontré. No creo que supiera lo que era el Evangelio. Durante tres años perseveré en eso, y muchos días, en cada habitación de la casa en la que vivía, cuando cada habitación quedó desocupada, en una ocasión, pasé horas en oración, las lágrimas rodando por mis mejillas, y esforzándome yo mismo en una agonía de deseo de encontrar a Cristo y encontrar la salvación. Pero nunca llegó.

No fue hasta que escuché esa doctrina simple, "Mirad a mí y sed salvos", entonces descubrí que mis oraciones eran una especie de justicia propia, que estaba confiando en ellas y, en consecuencia, estaba en el camino equivocado. Entonces el Espíritu Santo me capacitó para mirar a Cristo colgado en la cruz. No renuncié a mis oraciones, pero puse al Señor Jesús, el objeto de mi fe, muy por encima de todas las oraciones, y luego cuando lo miré colgado, agonizante, sangrando, mi alma se regocijó y caí de rodillas para no llorar más de agonía, sino para exclamar con deleite: "Señor, creo; ayuda mi incredulidad".

Pero si en ese día, en lugar de simplemente mirar a Cristo, hubiera dicho: "No, Señor, no me lavaré en el Jordán y quedaré limpio, esperaré hasta que Elías salga y esperaré hasta que Elías salga y golpee al leproso con su mano. No miraré a la serpiente".

Esa es predicación legalista, esa es doctrina arminiana. "Esperaré hasta que la serpiente toque mis ojos", nunca habría llegado. Pero habiendo mirado simplemente a Cristo, desecho todas mis otras confianzas, y cómo se regocija mi alma en la libertad con que Cristo hace libre a Su pueblo. Así será contigo. El Evangelio os es predicado gratuitamente este día. Jesucristo, el Hijo de Dios, descendió del cielo, nació de la Virgen María, sufrió bajo el poder de Poncio Pilato y fue crucificado por el pecado. Vuelve ahora tus ojos a esa cruz, he aquí un Dios que expira. Contempla al Infinito colgando del árbol en dolores. Esos sufrimientos deben salvarte, ¿confiarás en ellos? Sin ninguna otra confianza, ¿será la cruz el pilar sin refuerzo de vuestra esperanza? Si es así, eres salvo.

En el momento en que crees en Jesús, el Redentor, eres salvo, tus pecados te son perdonados, Dios te ha aceptado como hijo suyo, estás en estado de gracia, has pasado de muerte a vida. No solo no estás condenado, sino que nunca lo estarás. Hay para ti una corona, un arpa, una mansión, en los reinos de los glorificados. Oh, que Dios te ayude ahora a bajar a Egipto por el grano celestial, y que regreses con tus costales llenos hasta el borde.

En conclusión, hago este último comentario: ¿Notaste el argumento que usó Jacob por qué los hijos deberían ir a Egipto? Fue esto: "Para que vivamos, y no muramos". Pecador, este es mi argumento contigo esta mañana. Mis queridos oyentes, el Evangelio de Cristo es un asunto de vida o muerte para ustedes. No es un asunto de poca importancia, sino de importancia para todos.

Hay una alternativa ante ti, serás eternamente condenado o eternamente salvo. Desprecia a Cristo, y descuida Su gran salvación, y estarás perdido, tan seguro como que vive. Cree en Cristo, pon tu confianza solo en Él, y la vida eterna es tuya. ¿Qué argumento puede ser más potente que éste para los hombres que se aman a sí mismos? ¿Estás preparado para las quemaduras eternas? Amigo, ¿estás listo para hacer tu cama en el infierno y perderte? Si es así, rechaza a Cristo.

Pero si deseáis ser bendecidos para siempre, ser aceptados por Dios en el tremendo día del juicio y ser coronados por Él en el día de la recompensa, os ruego que escuchéis de nuevo el Evangelio y lo obedezcáis. "El que creyere en el Señor Jesucristo y fuere bautizado, será salvo; más el que no creyere, será condenado". Porque este es el Evangelio, se os predica una vez más, y este es su único mandato: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo". ¡Oh Señor, ayúdanos a creer ahora, si no hemos creído antes, por causa de Jesús!